

TEMA 14

Iniciar a la celebración y a La oración

Celebrar y orar son momentos privilegiados para la escucha de la Palabra de Dios, abren a la dimensión comunitaria y universal de la Iglesia y, aun no siendo catequesis en sentido estricto, no son menos importantes los encuentros de grupo.

1. DEDICAR JUNTOS UN TIEMPO AL SEÑOR

“Nosotros buscamos organizar una celebración al mes, con o sin sacerdote – explica Martina, responsable de los catequistas de una parroquia -. A los niños les gusta esos momentos en los que se encuentran con todos los compañeros del mismo año de catequesis, y hacen ver aquello que han realizado en su grupo. Son felices cuando se encuentran, al rezar y cantar”.

“Las celebraciones son con frecuencia la única relación de los niños con la liturgia, con la comunidad eclesial –continúa Elsa- porque solo una minoría de ellos van a misa con los padres. A ellos les gusta mucho estas celebraciones de catequesis”.

Cuándo y cómo la celebración

Se puede organizar una vez al mes, con frecuencia durante la semana. En este caso los grupos de catequesis se reúnen y comparten cuanto han descubierto durante sus encuentros. Por ejemplo, los niños comentan los carteles realizados, interpretan un mismo texto de la Biblia o hacen sentir un canto nuevo. Pero es, sobre todo, un tiempo en los que nos paramos, se ora, se escucha la Palabra de Dios.

- Estaría bien que la celebración, al menos en algunos momentos del año, fuese organizada en un tiempo de la semana cuando también los padres puedan intervenir.
- La celebración común puede ser hecha también durante la Misa dominical, y entonces es la ocasión de presentar a toda la comunidad parroquial el recorrido catequético que se está haciendo. En estos casos, la belleza de los gestos y de las expresiones de los niños, así como el cuidado de la reunión y del ambiente contribuyen a hacer la Misa más participada, más sentida, más agradable.
- Un año de catequesis, en su itinerario programado, debe prever estas celebraciones, que marcan con un aire agradable el año litúrgico: en los tiempos fuertes (Adviento, Cuaresma) o en ocasión de las grandes fiestas litúrgicas (Pentecostés, Navidad, Pascua).
- Las celebraciones solo con los niños marcan las etapas del camino. Ellos se sienten verdaderos protagonistas ante Dios, junto a su compañeros y catequistas. Y al mismo tiempo son celebraciones funcionales para crear la unión entre su realidad cotidiana y eso que desarrollan en el tiempo de la catequesis.
- Para los niños las celebraciones son tiempos de iniciación a la liturgia y a los sacramentos. Los momentos, los gestos, los símbolos, también se adaptan a ellos, de hecho son elementos para la liturgia de la Eucaristía, del bautismo o de la Reconciliación. Reflejan las etapas y cambios que ocurren en su vida.

“Al inicio del año –dice Simona- cada niño escribe su nombre sobre la vela de una barca, y a la celebración cada grupo lleva su vela para indicar que todos parten sobre la barca de la Iglesia al encuentro con Jesús”.

- “Prefiero comenzar las celebraciones con un momento de reunión de grupo – dice sor Domenica-. Preparamos todo, aprendemos cantos, quizá hacemos un juego para introducir eso que será vivido después. Después, en silencio o cantando, nos vamos a la capilla, donde encontramos a los otros y celebramos a Dios, estando juntos ante él”. Con frecuencia se hace así: los catequistas preparan juntos brevemente el tema de la celebración en su grupo. Pero antes se

reparten las tareas y en el momento justo algunos acompañan a los niños según sus competencias, otros hacen cantar a la asamblea o animan las celebraciones y al final se aseguran que los niños sean todos acompañados.

Los cuatro tiempos de una celebración

Cada celebración cristiana se desarrolla según una progresión que lleva a los participantes a renovar sus actitudes en relación a la fe, a sentir una relación más cercana con la comunidad, y el entusiasmo de tomar parte de la misma Iglesia. En cada celebración se suceden cuatro tiempos.

➤ *La acogida*

La asamblea se constituye como pueblo llamado y reunido por el Señor. Es así que cada uno pasa del “yo” al “nosotros”. La acogida y el canto de ingreso son importantes para meterse al unísono. Toca al celebrante hacer entender, mediante la oración y con sencillas expresiones, el sentido de la invitación-acogida por parte del Señor a participar en aquella asamblea.

➤ *La escucha de la Palabra de Dios*

La Palabra de Dios es proclamada. Los textos vienen elegidos en función del momento litúrgico y de eso que los grupos de catequesis están viviendo. Es necesario crear un clima de escucha y dar espacio al silencio que permite la interiorización. Toca ahora al celebrante sugerir los modos de actualizar la Palabra hoy, de manera que resuene en la vida de cuantos están allí reunidos.

➤ *El agradecimiento*

Cada celebración comporta un momento de alabanza, de agradecimiento a Dios que crea, ama, perdona. Es el momento de los gestos simbólicos y de las oraciones compuestas por los niños mismos y por los adultos.

➤ *La salida*

La asamblea se diluye. La salida es el paso de la fiesta a la vida cotidiana para testimoniar la propia fe en Dios. El canto final invita a la alabanza y a la alegría.

2.- LA EUCARISTÍA DOMINICAL

La fe y la relación viva con Dios. Una relación entre amigos es viva solo si se encuentran el tiempo para encontrarse, hablarse e intercambiarse gestos de amistad, de reconocimiento: abrazarse, comer juntos, hacerse regalos... Nuestra relación con Dios se empobrece, si no encontramos el tiempo para estar con Él en la oración, para escuchar su Palabra en la Biblia, para cumplir “los gestos de la amistad y de reconocimiento”: reunirse con otros creyentes, pedir perdón, intercambios de paz, comunicar al pan y al vino, cuerpo y sangre del Señor.

Todo esto es la Misa

Los cristianos viven todo eso sobre todo participando en la Eucaristía, sacramento del Cuerpo de Cristo. Desde los orígenes de la Iglesia, el domingo (día de la Resurrección de Jesús), los cristianos se reúnen, fieles a la invitación del Señor: “Haced esto en memoria mía”. Ellos recuerdan las acciones y las palabras de Jesús; comparten el pan y el vino agradeciendo a Dios (la palabra Eucaristía significa acción de gracias).

- Cuando se reúnen así, los cristianos están seguros que Jesucristo se hace presente en medio de ellos. Ha dicho Jesús: “Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt 18, 20). Jesús está presente como resucitado, como victorioso ante la muerte, como una persona viva entre hermanos reunidos en su nombre y que creen en él.
- Jesús resucitó “el primer día de la semana”, el domingo. Se sabe que los hebreos consideraban día consagrado a su Dios (Yavhe) el sábado. Pero los cristianos desde el inicio se encuentran para escuchar la palabra de los apóstoles y para celebrar los gestos de Jesús en la última cena en el domingo, día de la resurrección. El domingo se convierte así en un día profundamente simbólico: el

día de la vida nueva y de la nueva creación, el día de la comunidad y de la fraternidad. También los niños son invitados a vivir el domingo no solo asistiendo a Misa (que ya es una cosa importante), sino viviendo este día con un espíritu profundamente nuevo respecto a otros días.

“Antes no iba a Misa sino raramente y sin entusiasmo. Desde que hemos constituido un grupo de preparación a la eucaristía dominical, las celebraciones son más vivas. Cuando no vamos, siento que falta algo” (Francesca)

Los niños y la Eucaristía

Los italianos se declaran católicos en una gran mayoría, y casi todos los niños van a catequesis hasta la Confirmación. Pero la frecuencia regular a la Misa festiva desciende al 20/30%. La mayor parte de los niños no encuentran en la familia la ayuda necesaria para vivir cristianamente y su presencia a la Misa festiva es muy escasa. “¿Qué hacer para que los niños vayan a Misa?” y el argumento inevitable de las reuniones de las catequesis, desoladas al constatar que, a partir de las celebraciones a los que los niños participan gustosos, la catequesis no se prolonga en una experiencia comunitaria y litúrgica. Las excusas de los niños son muchas: “¿Para qué ir a Misa si mis padres no van?”; “La Iglesia está lejos de mi casa”; “Tengo cosas que hacer, actividades deportivas, voy a la montaña con mis padres”.

- Debemos ser realistas. Los niños que van a Misa la encuentran “larga y aburrida”; para la mayor parte de ellos no es un encuentro particularmente agradable, y no comprenden dónde está la fiesta de la que se habla tanto; de hecho, se implican poco. Si no aman la Misa, es también porque tienen la impresión de asistir a un espectáculo del cual entienden muy poco y al cual no participan activamente. Nos debemos empeñar en ayudar a descubrir el sentido de aquello que ocurre en el altar, el darse cuenta que son invitados a participar como protagonistas a la acción que se desarrolla. La participación a la Misa puede requerir su comunión con Dios y con los otros.

CÓMO IMPLICAR A LOS PADRES

El catequista debe buscar la manera de implicar a los padres enviando una invitación a través del niño: “el grupo de catequesis de vuestro hijo ha preparado la Misa. Nosotros os invitamos cordialmente a uniros con nosotros en la Misa a las 10:00”.
¿Y si los padres no van a Misa? El catequista puede sugerir a los niños acompañarse unos a otros, o mejor todavía, quedar en la iglesia: “yo llego siempre diez minutos antes, me pongo en el lado derecho de la segunda fila de bancos y os guardo sitio. Así, si queréis (o podéis) venir, habrá lugar para todos y estaremos juntos”.

Se sabe que los niños participan deseosos en las celebraciones en comunidades vivas y acogedoras. La Eucaristía dominical, sobre todo si están presentes los niños, puede adquirir un tono particularmente festivos y participativos.

- Los niños pueden descubrir progresivamente la importancia de la Eucaristía participando de la Misa, sobre todo si adquiere un tono festivo y participativo. En la catequesis no es necesario explicar demasiado toda la celebración. Lo esencial es hacerle participar en una Misa viva y completa, en la que se sientan a gusto. Hacemos un paralelismo: ningún padre ha usado tantas palabras para explicar a su hijo que es una fiesta de cumpleaños, pero todos los niños lo saben porque han vivido una y han estado felices. Así debería ser con la celebración eucarística.
- Es decir, las Misas, en general, deberían asemejarse un poco a la fiesta de cumpleaños. Se sabe por experiencia que mientras hay tantas Misas en las que los niños se sienten los huéspedes aburridos y no se sienten bienvenidos, y en las que son felices de participar y en las que tienen su lugar propio entre los adultos. Con frecuencia también los padres encuentran, gracias a la celebración de este tipo, el gusto por la Eucaristía.
- En muchas parroquias hay esta atención a los niños, para que en la Misa todos puedan participar de un modo pleno. El ideal sería que cada uno pudiese encontrar su lugar: los ancianos, los padres, los jóvenes, los niños, las personas impedidas...

Un particular cuidado, acogida y animación se da en las celebraciones eucarísticas en las que los niños vienen con los padres. Se debería organizar una “Misa de la familia” con regularidad una vez al mes y sobre todo en ocasión de

las grandes fiestas. En estos casos los niños toman parte activa en los cantos, en las lecturas, las oraciones.

Diccionario

Comunidad cristiana : Jesús ha querido que los creyentes en él estuviesen unidos, formando la comunidad cristiana o Iglesia (término que deriva del griego y significa “asamblea”). En una parroquia nos sentimos comunidad cristiana cuando las personas se reúnen para celebrar los sacramentos, rezar, leer la Biblia, se ayudan unos a otros.

Cuerpo de Cristo: la expresión tiene dos significados:

- el pan consagrado en la Misa, en las que está realmente presente el Señor, y que se recibe en la Comunión,
- la comunidad de los cristianos (la Iglesia): “Vosotros sois el cuerpo de Cristo”.

Eucaristía: de la palabra griega *eucharistein*, que significa “dar gracias”. La palabra reclama cuanto Jesús ha hecho y dicho en la Última Cena pascual, cuando tomó el pan y el vino, “dio gracias” al Padre y se lo dio a sus apóstoles como su cuerpo y su sangre, diciendo: “haced esto en memoria mía”. La Eucaristía es la más grande acción de gracias a Dios por habernos dado a Jesús. Antiguamente se llamaba probablemente “cena del Señor” (1 Cor11,20) y después Misa (ver abajo). La Eucaristía es sinónimo de “cuerpo y sangre de Cristo”, que los cristianos reciben para asimilarse al Señor resucitado.

El pan y el vino, cuerpo y sangre del Señor: para la fe cristiana, en el pan y en el vino que nosotros compartimos en la Eucaristía es misteriosamente pero realmente presente Cristo resucitado (el Señor), que ha dado su vida por nosotros (“Esto es mi cuerpo dado... mi sangre derramada”). Otros nombres utilizados para indicar la Eucaristía son

el “pan de Dios”, el “pan de la vida”; o todavía, “ostia”, que significa “víctima” y recuerda la cruz de Cristo.

Misa: el término deriva de la palabra latina *mittere o missus* que significan “mandaré”, “mandato”. El rito romano antiguo de la eucaristía terminaba con el *ite missa est*, es decir que la celebración terminaba con el mandato misionero a los cristianos de dar testimonio del Evangelio en el mundo.

Sacramentos: son gestos (agua derramada sobre la fuente, pan compartido) acompañados por palabras (“yo te bautizo...”; “tomad y comed...”) que la Iglesia hace para continuar la obra de la salvación realizada por Jesucristo. Quien, en la fe, celebra un sacramento, entra en la alianza con Dios.

3.- PARA UNA CATEQUESIS SOBRE LA MISA

La Misa testimonia que la vida cristiana no se reduce al encuentro de la catequesis, es decir al compartir un momento de búsqueda, ni a escuchar y aprender alguna idea religiosa. La vida cristiana es hacer juntos un camino en compañía del Señor. Así como han hecho los discípulos de Emaús, que, llenos de dudas y de desilusiones por la muerte y el final de la crucifixión de Jesús, en el día del domingo (el mismo día de su resurrección), han hecho un poco de camino con un caminante misterioso, lo han escuchado y han reconocido después al Señor en él (Lc. 24, 13-35)

Hacer transparentes los signos

Para hacer entender mejor la misa a los niños, pero sin pedantería y sin aburrirlos, presentamos seis posibles etapas. Cada etapa puede ser el tema de un encuentro o de una celebración de catequesis.

- **Primera etapa: reunirse**

El objetivo es ayudar a los niños a descubrir que la misa no es un rally. Es Cristo que reúne a su pueblo. Participar en la misa es una respuesta a una invitación. La Misa manifiesta la unidad del pueblo de Dios que la vida cotidiana dispersa. Los niños tienen con frecuencia la impresión de ser los únicos cristianos. En Misa nos encontramos muchos, nos reunimos en el nombre de Cristo y somos guiados por el amor de Cristo mismo.

- **Segunda etapa: la escucha de la Palabra**

El objetivo es ayudar a los niños a comprender que Jesús se nos da a través de su Palabra, y ésta es alimento. Los niños están habituados a leer o a sentir los pasos de la Escritura, a cantar, dialogar. En la liturgia, ellos son invitados a descubrir otra relación con la Escritura. En la Misa, la Palabra es proclamada-recibida durante todo el año litúrgico. La “liturgia de la Palabra” comprende muchas lecturas y pone en relación con el Antiguo y Nuevo Testamento. Ella invita no solo a la escucha, sino a una acogida y a una respuesta a través de la alabanza, la conversión, la profesión de fe.

- **Tercera etapa: la acción de gracias**

El objetivo es ayudar a los niños a acoger, más aún a entender el corazón mismo de la Eucaristía. Haciendo memoria de Cristo resucitado, los cristianos reconocen su presencia, que es fuente de vida. Toda la vida de Cristo es una acción de gracias. El cristiano que hace memoria de Jesús resucitado es solo reenviado al pasado, pero es asociado a la Pascua de su Señor, que eternamente entrega su vida a los que le aman. Él le da gracias al Padre por aquello que Cristo ha hecho y continúa haciendo. Él da gracias con Cristo.

- **Cuarta etapa: la ofrenda de la Iglesia**

El objetivo es ayudar a los niños a descubrir que la Misa une los cristianos a la oferta de Jesús al Padre, en el Espíritu. Toda la asamblea, a través del ministerio del sacerdote, presenta a Jesús al Padre, dando gracias por su sacrificio pascual y por la entrega de su amor. Pide después a Jesús que presente al Padre la ofrenda

de nuestra vida. El Espíritu Santo invita y ayuda a cada uno y la entera asamblea a vivir los dones recibidos.

- **Quinta etapa: el Padre Nuestro**

Esta etapa está centrada no sobre la comunión misma, sino sobre lo que la precede. El Padre Nuestro y el gesto de la paz encuentran su sentido en la oración eucarística. El Padre Nuestro orienta la mirada hacia la comunión, haciéndonos pedir a Dios el pan que nos es necesario. La tradición oriental ve directamente el pan de la eucaristía. Pero es todo el Padre Nuestro el que es eucarístico. Es necesario estar atentos a no empobrecer el sentido de los gestos como la fracción del pan o el don de la paz. La fracción no es solamente un gesto que debe hacer para distribuir después la Eucaristía, y la paz no es solamente un signo de gentileza. Es Jesús quien parte el pan para nosotros, y es símbolo de su cuerpo sacrificado en la cruz; intercambiarse la paz es un empeño recíproco por vivir la fraternidad como ha hecho Jesús.

- **Sexta etapa: la salida**

El objetivo es ayudar a los niños a entender que la Misa no es un intermedio en la vida cristiana, sino una etapa en la que se reclama vivir aquello que se acaba de celebrar. La fórmula de salida “podéis ir en paz”, inicia como el final del evangelio de Mateo: “Poneos en camino y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28, 19). Lo mismo ocurre con la Misa. La fórmula de clausura es no solo un saludo, sino una invitación a llevar a los lugares de nuestra vida, la fe, la esperanza y la caridad.

“El Padre nos ha reunido para regalarnos su Palabra. La palabra de Dios es como una semilla y el terreno es nuestro corazón. El canto, el silencio, la palabra del sacerdote... son nuestra respuesta al Señor que habla. Cuando la Misa ha terminado, expresamos con el canto nuestra alegría. Volvemos a casa y llevamos a todos la gracia y la paz de Dios nuestro Padre” (*Io sono con voi*, 8)

4.- ORAR CON LOS NIÑOS

Los cristianos, cuando rezan, se reconocen hijos de un mismo Padre y hermanos los unos de los otros. Muchos hombres y mujeres rezan. Se dirigen con confianza y respeto a uno que llaman Dios. Manifiestan de tal modo que existe un misterio que les supera. Ellos se postran, alzan el rostro hacia el cielo o hacen silencio, en el recogimiento. Con frecuencia se encuentran los mismos gestos y las mismas actitudes en personas de distintas religiones.

Cómo oran los cristianos

La oración cristiana tiene un acento específico. Nosotros cristianos nos dirigimos a Dios como a un Padre cercano. Nosotros confiamos todo a Él, pero nos sumamos también en la construcción del mundo. Los cristianos, cuando oran al Padre, se descubren hermanos o invitados a serlo. También cuando un cristiano ora solo, la suya es una oración fraterna.

- Las diversas formas de la oración de los cristianos son la alabanza, la petición y la acción de gracias. La alabanza proclama que es Dios: reconoce su grandeza y bondad; es “gratuita”, desinteresada. La petición reconoce que nosotros no somos dueños de todo y que tenemos necesidad de Dios. La acción de gracias hace surgir el reconocimiento por la vida y por todos los dones recibidos por su bondad.

Educar a los niños en la oración

Los niños van aprendiendo poco a poco lo que es la oración y tomándolo gusto. Cuando se pregunta a los niños si rezan, responden espontáneamente que los hacen con frecuencia. Sin embargo, en su mayoría, no tienen la experiencia de rezar en familia y no siempre tienen la ocasión de ver a los adultos rezar.

- Un niño entre los ocho y doce años se dirige de un modo natural a Dios: como un ser que puede todo en su vida, particularmente ayudándolo a andar bien en la

escuela. O como un amigo al que se puede confiar las propias penas y los propios sueños.

- Es necesario iniciar a los niños en el gusto y en el deseo de la oración cristiana. Pero para suscitar este gusto y este deseo no hay recetas o consejos aplicables a todos. No se puede obligar a los niños a rezar, porque la oración no nace de la obligación. Pero el catequista puede y debe proponer la oración y dar testimonio del propio gusto por la oración.
- El aprendizaje de la oración ocupa tiempo y requiere paciencia. Al inicio, los niños pueden mostrar se a disgusto o impacientes cuando les proponemos vivir un momento de oración juntos. Pero, poco a poco, irán cogiéndole gusto. Y tal vez alguno de ellos lo recuerde como algo importante en el grupo.
- La actitud del catequista tendrá una gran importancia para animar a los niños a orar: se ora delante de ellos y con ellos con simplicidad, podrá abrirles el camino de la oración. Si tiene el gusto podrá comunicarlo.

“Los niños me enseñan a orar con sencillez. Me hacen descubrir que lo más importante es, primero de todo, tener confianza” (Anna Maria).

“La primera vez que he participado en un rito de catequesis no pensaba que habría podido estar un cuarto de hora rezando con un texto del Evangelio. Ahora he cogido el hábito” (Pierlugi).

“¡Si conocieras el don de Dios” (Jn 4, 10). Las maravillas de la oración se revela precisamente en esto, en el pozo donde vamos a coger nuestra agua: allí Cristo viene a encontrar a cada ser humano; él nos busca primero y nos pide de beber. Jesús tiene sed, su pregunta sale de lo profundo de Dios que nos desea. Lo sepamos o no, la oración es el encuentro de la sed de Dios con nuestra sed. Dios tiene sed de que nosotros tengamos sed del Él” (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 2560)

Para comenzar la oración

“He decidido estar tranquilo un momento.

He decidido no hacer otra cosa durante un minuto.

Me relajo,

Miro un objeto que me gusta, o cierro los ojos.

Estoy tranquilo, no me muevo.

A veces me invade una gran calma.

Siento los latidos de mi corazón.

Siento en mí el soplo de la vida.

Estoy bien.

Comienzo a hablar a Dios, lentamente,

Con grandes pausas entre las palabras.

Dios está vivo conmigo.

Los minutos que pasan son preciosos como el oro.

En esos momentos entiendo que mi vida es un tesoro”. (A. Tardy)

“Cada reunión de catequesis comporta una dimensión orante. La vida de oración exige una educación al silencio, una capacidad de interiorización, una auténtica memorización. Esta iniciativa a la experiencia espiritual es un elemento esencial del recorrido catequítico: supone tiempos de oración personal y de grupo que favorecen la acogida de la Palabra y del descubrimiento de Dios” (Conferencia Episcopal Francesa, *Direttive per l’iniziazione*

Iniciar a la oración en la catequesis

La iniciación a la oración es esencial en la catequesis. Pero no es algo obvio. ¿Cómo hacer? ¿En qué condiciones? ¿Qué medios usar para ayudar a los niños a entrar en relación con Dios?

Hoy, los niños han aprendido a orar en familia o han vivido solo oración con adultos, son pocos. Por eso, en un grupo al inicio, la oración costará y el catequista debe dar prueba de paciencia y de fe.

¿Qué oraciones aprender en catequesis?

Los niños tienen una memoria excelente, que solo pide ser alimentada. Los catequistas pueden enseñar el Padre nuestro y el Ave María, si no los saben aún. Pueden leer con ellos el Magnificat y el Credo, explicando de un modo sencilla la oración de maría y los proyectos de Dios sobre ella, y la verdad de fe que los cristianos proclaman los domingos en la misa. Ciertamente, el riesgo es aburrir. Pero mucho depende del placer que prueba el catequista al explicar y transmitir a los otros este modo de orar. Existen también los salmos particularmente adaptados a los niños y a su vida. Hay buenas transcripciones de los salmos para los niños.

Un espacio para la oración

Las condiciones en las que se desarrollan los encuentros de catequesis son muy diversas. Algunos pequeños grupos se encuentran en un apartamento. Grupos más grandes son acogidos en una sala parroquial, que en general no está preparada para este uso. Otros niños encuentran un lugar en otros espacios “recuperados” cerca de una iglesia o de una capilla.

- Cualquiera que sea el lugar, es importante crear un clima favorable para la oración, preparando el ambiente. En realidad, son necesarias pocas cosas, pero deben tener un sentido para los cristianos; una flor crea un clima de belleza y dispone para dirigirse a Dios; una vela con su llama recuerda que Jesucristo es luz para nuestra vida; la Biblia es el libro de la Palabra de Dios, un bello cuadro ayuda y sostiene la oración. También un poster de montaña puede hacer sentir a Dios cercano, íntimo. Si es en verano y es ya de noche e pequeño grupo en torno

a un fuego crea fraternidad frente a Dios. En cada caso. Eso que es bello orienta a la fantasía. Los niños aprenden así a reconocer los símbolos cristianos y a integrarlos en su universo cognoscitivo.

- A lo largo de todo el año, cada uno puede tener, por turno, el encargo de preparar el ángulo de la oración. Para los niños es importante: la oración no es más algo exterior, pero pasa a través de sus manos y su creatividad. Y lo mismo el animador aprende mucho de cada niño, acogiendo su aportación.
- Los grupos que se encuentran siempre en un ambiente fijo, pueden mantener el mismo “rincón de oración” durante todo el año. A otros les gusta transformarlo siguiendo el año litúrgico. Una corona de Adviento para prepararse a la Navidad, una composición floral apropiada para la Cuaresma, otra adaptado al tiempo pascual.

Un tiempo para la oración

El tiempo de que disponemos para los encuentros de catequesis es breve y el programa está muy cargado.. Corremos el riesgo de no encontrar el tiempo que pasa muy deprisa y de encontrarnos con dificultades para realizar el momento de oración que habíamos proyectado vivir juntos. Al menos que los mismos niños no nos llamen al “orden”.

- Crear un clima de oración exige un cierto tiempo. Cada uno debe dejar emerger en sí el silencio, meterse a la escucha de una Palabra que viene de más lejos y responder a su manera. Con los niños de 8-12 años se puede dedicar a la oración una decena de minutos para el encuentro.
- Los niños tienen después necesidad de regularidad. Se instauran así en sus hábitos de una manera natural; y, contrariamente a cuánto se podía pensar, favorecen su libertad. Cuando se sabe de antemano dónde se va, es más fácil estar disponibles y atentos.
- No es posible dar una norma válida para todos los grupos. Toca a cada grupo definir el propio ritmo de oración, determinar en qué momento del encuentro es mejor rezar: al inicio, para estar seguros que se dedica un poco de tiempo, o al final, para recoger cuanto se ha vivido.

- Puede también suceder que la oración nazca de modo impredecible como estupor, maravilla, llanto frente a eso que se ha sentido y realizado en el grupo. Se aprovechará este momento para dar gracias a Dios.
- Puede también suceder que los niños estén más excitados o preocupados por un acontecimiento pasado o futuro. Querer imponer una oración, en estas condiciones, sería equivocado y en vano. Reconocer con los niños que la situación no es propicia, parece la solución mejor; porque la oración no puede ser nunca un calmante.

Orar con el cuerpo

La oración estimula la inteligencia, la sensibilidad, la memoria, el corazón y el cuerpo. Orar con el cuerpo quiere decir expresar ante Dios la alegría o la tristeza que se siente, quiere decir entrar en relación con él como se entra en relación con los otros, mediante el cuerpo.

Con nuestro cuerpo manifestamos aquello que sentimos. Percibimos enseguida, en las expresiones del rostro y en las actitudes del cuerpo, aquello que prueban lo que vivimos: alegría, tristeza o cansancio.

- Los niños de 8-12 años están cargados de una gran energía que les empuja a la acción. Su cuerpo se convierte en movimiento y comunicación. El acto de la oración no les impone olvidarse del cuerpo sino hacer de él un lugar de relación con Dios. Los niños entienden muy bien – con frecuencia mejor que los adultos– que rezando con todo el cuerpo usan un lenguaje adaptado para hablar con Dios.
- Para hacer oración es necesario verificar que están tranquilos, preparados para acoger la Palabra de Dios y a responderle. Se puede proponer el hacer algunos ejercicios de relajación: relajar las manos y los brazos, pies y piernas, sentirse como un muñeco de nieve pesado y blando, estirar la columna vertebral y sentir la propia respiración.
- En el momento de la oración propiamente dicha, cada uno puede estar en la posición que prefiera: sentado en el suelo, de pie, con las manos abiertas o alzadas, los pies bien apoyados en la tierra. Estos gestos expresan eso que llevamos en el corazón. Las manos abiertas son signo de ofrenda y de acogida.

Las manos juntas hablan de la presencia de Dios y la adoración. Las manos alzadas expresan súplica o alabanza. Las manos cruciadas sobre el pecho expresan interioridad. Son gestos que se utilizan en la liturgia cristiana.

- Comenzando a orar, se hace juntos el signo que reconoce a los cristianos, el signo de la cruz: se hace sin prisa, descubriendo el sentido de la verticalidad que nos une al cielo y el sentido de la horizontalidad que nos une a la tierra. Este gesto es muy simbólico.

Un canto o la lectura de un texto del Evangelio, acompañado por gestos, puede ayudar a los niños a entrar con todo su ser en la oración.

“Hoy, el momento para mí preferido ha sido en el que Walter ha ido a encender una vela, mientras estábamos sentados en la alfombra” (*Ricardo, 10 años*)

No siempre el cuerpo está dispuesto al encuentro: puede estar tenso, cansado. Al inicio la oración puede comenzar con ejercicios de relajamiento, de concentración, para ayudar a los niños a ser más receptivos.

- *Estar de pie*. Esta posición expresa respeto y atención: el cuerpo se dispone a acoger, a saludar, a aclamar. Es la actitud de los resucitados, de los salvados. Los niños deben aprender a estar de pie bien derechos, atentos a su respiro. “Señor, aquí estoy de pie ante ti, la cabeza derecha como un árbol que se lanza hacia el cielo. Estoy dispuesto a ser tu hijo”.
- *Inclinado*. Inclinar la cabeza o el cuerpo lentamente y en silencio es una actitud de adoración. “Nos inclinamos ante el Señor para darle gracias, a él aclamamos con cantos de gloria” (Salmo 94).
- *Arrodillados*. La oración de rodillas expresa sobre todo penitencia. Es también la posición de la oración personal de respeto ante Dios.
- *Postrados*. Es decir, ponerse de rodillas e inclinar la cabeza hasta la tierra es una actitud de adoración y de súplica.

Estas tres actitudes últimas son poco familiares para los niños, pero las pueden descubrir y puede ser utilísimas al inicio de la oración, para obtener un momento curioso y funcional de concentración.

Manos para orar

- Las manos son la parte del cuerpo que une a los otros y al mundo mediante el trabajo, la creación, el arte. Las manos solas ya son una oración.
- Las manos alzadas hacia el cielo proclamando la grandeza de Dios: “Oh Señor, nuestro Dios, ¡qué grande es tu nombre en toda la tierra!” (Salmo 8,2).
- Las manos en cuenco, como para recibir el agua de una fuente, dicen: “Oh Dios, yo te busco, y tiene sed de ti mi alma” (Salmo 62,2)
- Las manos como un libro abierto ante sí es meterse en la escucha de la Palabra de Dios: “Dichosos aquellos que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!” (Lucas 11, 28)
- Una mano sobre la otra, como para recibir el Cuerpo de Cristo, murmuran: “Protégeme, oh Dios: en ti me refugio” (Salmo 15,1).
- Manos con las palmas abiertas hacia el cielo expresan estupor: “Todo viene de ti, Padre de infinita bondad; nosotros te ofrecemos las maravillas de tu amor”.
- Brazo alzados, manos tensas, dedos abiertos como para pedir ayuda o como si fuese fueses gritando: “Invocaré a Dios, el Altísimo, Dios que me hace bien” (Salmo 56,3).
- Las manos cruzadas sobre el pecho para recogerse, dicen despacio: “María sierva conservaba todas estas cosas en su corazón” (Lucas 2, 51).
- Una mano puesta sobre los labios, como para llevar el alimento a la boca, promete: “Pongo mis palabras en tu boca” (Jer 1, 9).

Orar con las palabras

La oración cristiana pasa a través del cuerpo, pero también a través de las palabras. Con dulzura y paciencia, el catequista invita a los niños a encontrar las palabras de la Biblia y sus palabras personales para hablar con Dios.

- La oración cristiana pasa a través del lenguaje del cuerpo y de la palabra, nace de nuestros labios y de nuestros corazones. Muchos cristianos nos han precedido y no han transmitido un tesoro para nuestra fe. Nosotros recibimos la oración a través de sus palabras. Y ella continúa dando resultado hoy, con nuestras palabras de cada día.
- En la catequesis, oramos con las palabras de las oraciones recibidas por generaciones anteriores y, de modo espontáneo las inventamos a partir de esas que hemos recibido.
- Una forma de oración fácil para vivir consiste en orar un texto invitando a los niños a repetir – sea en voz alta o en el silencio del corazón – la frase que el adulto acaba de decir. Se tenderá a tomar frases simples y poéticas. El texto elegido será relacionado con el tema tratado o con el año litúrgico. “Al inicio del año –recuerda Eugenia- estaba un poco preocupada: ¿cómo hacer para que este momento agrade a los niños, para que no enreden, al hacer esta experiencia de interioridad? Al principio preferí sugerir frases muy breves, muy sencillas, que expresaran la confianza de los hijos de Dios en su Padre: “Señor, soy tu hijo”, “Sé que tú me amas”, “Tú quieres que yo viva, que crezca, que sea feliz”. Los niños escuchado y acogido esas palabras. He dejado siempre más silencio entre dos frases, y al final había un verdadero silencio. Me he quedado impresionada al verlos interiorizar aquellas palabras”.
- Para encontrar las palabras justas, la oración debe nutrirse de las palabras de la Biblia. La atención va principalmente dirigida a los salmos, oración bíblica que expresa las alegrías y dolores de los hombres y sus alabanzas a Dios. Si piensas además del Padre Nuestro, oración recibida por el mismo Jesús, que la Iglesia transmite de generación en generación; y el Magnificat, la oración de María, la madre de Jesús, que alaba y agradece a Dios por la salvación regalada a los hombres.

“Señor, yo no te veo. No te siento. Pero tú estás aquí conmigo. Tú nos haces vivir y amas a todos. Haz que sintamos la alegría y no el miedo de hablar con tigo y de ti” (*Federico, 10 años*)

Oración y canto

El canto ocupa un lugar central en la oración: es necesario iniciar a los niños en la dinámica de oración comunitaria, hacerles aprender de memoria frases enteras de oración de alabanza. El canto favorece la oración. “los niños aprenden mucho con el canto –dice Isabella-. Después un momento de silencio y de oración personal, damos gracias cantando”.

MOMENTOS ESENCIALES DE LA ORACIÓN

- Ponerse en la presencia de Dios y hacer silencio es la condición para poder orar.
- Abrir la puerta del corazón: “Estoy a la puerta y llamo. Si alguno escucha mi voz y me abre la puerta, yo vendré donde él, cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20).
- Meditar la palabra del Señor. Hoy dice a cada uno: “Hoy debo pararme en tu casa” (Lc 19, 5), o también: “Quien me sigue tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12). Hablar con el Señor. En su corazón, cada niño puede decir al Señor eso que hará para responder a su amor.
- Pedir al Señor que lo ayude a no desanimarse nunca.
- Confiar a él a aquellos que amamos y a aquellos que no amamos, aquello que sufren...

El cuaderno de la oración

La oración puede ser escrita en un cuaderno. Hacerse con un cuaderno de oraciones significa depositar sobre un folio trazos de sí mismo, de eso que se ama: alegrías, sufrimientos, penas vividas y lugares cotidianos de la vida. El cuaderno de oraciones se convierte en un testimonio de su vida espiritual que se despierta y se construye.

Según la edad, la personalidad y los gustos de los niños, el cuaderno asumirá formas diversas: será “Top secret” o “cuaderno de grupo”.

1. “Top secret”: el cuaderno será el jardín secreto del niño. Escribirá eso que vive, sus oraciones. Será él quien elija si comparte o no cuando le pidan leer una o más oraciones.
2. Cuaderno de grupo: en un cuaderno grande los niños escribirán las oraciones del grupo, con los dibujos y los descubrimientos importantes que han hecho. Con el tiempo, el cuaderno de oraciones será una memoria, un itinerario para ellos. Así se construye la “historia sagrada” del grupo.

“El cuaderno del grupo tiene un lugar importante en la vida de los niños –comenta Mary-. En cada sesión añaden aquello que han descubierto. Y so tienen un turno de responsabilidad de la oración para los encuentros sucesivos, se llevan el cuaderno a casa y escriben su oración. El cuaderno refleja verdaderamente el camino espiritual del grupo”.

Cuatro propuestas para orar con los niños

1. Orar con el Padre Nuestro

- Reunirse donde haya espacio suficiente, sin estar en la mesa o en las sillas.
- Invitar a los niños a ponerse de pie, con los pies dispuestos paralelamente. Hacerles sentir la solidez de su ser “como un tronco plantado en la tierra”, probar la fuerza de las raíces que se meten en la tierra, abrir las manos para realizar la unión entre el cielo y la tierra.
- Es posible asociar algunos gestos siguiendo las expresiones del Padre Nuestro: alzar las manos al inicio, alargar y abrirlas ante sí a partir del “danos...”, bajándolas al final.

2. Orar con un salmo

- Elegir un salmo
- Escribir este salmo sobre un gran cartel.
- Leer lentamente el salmo.
- Dejar que los niños le releen en silencio y repitan en voz alta una frase o una palabra.
- Concluir con un canto repetitivo.

3. Orar con un poster (una imagen)

- Elegir un poster, que esté relacionado con lo que se está viviendo en el grupo
- Colocarlo de modo que los niños lo vean bien.
- Mirarlo con atención y dar un nombre a eso que se ve.
- Leer el texto del Evangelio correspondiente.
- Dejar un tiempo de silencio y repetir esta o aquella frase o palabra escuchada.
- Concluir con una oración oportuna.

4. Expresar la propia oración

- Según la etapa del itinerario de catequesis que se esté haciendo en el grupo, elegir algunas palabras que correspondan a una imagen: el árbol, el camino, la luz, la tienda, la roca, y dejar que los niños formulen una oración a partir de una de aquellas palabras. Dar el tiempo de escribirla sobre una cartulina de color.
- Cuando todos han terminado, cada uno expresa la propia oración y va a apuntarla sobre el mural debajo de la palabra correspondiente.

No obstante a pesar de que parezca lo contrario, pocas cosas como la oración – que pone en el centro a Dios- crean uniones fuertes y genuinas entre los niños y sus catequistas.